

grandes, viviendo segun Dios, se hicieron santos: y ellos eran como nosotros, algunos tal vez en sus principios peores que nosotros. Vedlo en Pablo, en Agustin, en Magdalena y en tantos otros que, como ejemplos, nos ofrece la historia. Sigamos nosotros ese camino, haciéndonos sordos al canto de sirena de la filosofía anticatólica y corruptora de nuestro siglo, que blasonando progreso, quiere hacer retrogradar al mundo al estado que tenia antes de Jesucristo, á la vida del egoismo y de las pasiones. No nos apartemos del camino trazado por el restaurador de todas las cosas en el cielo y en la tierra, por el que con su doctrina y con su gracia ha formado los grandes héroes que admiran las generaciones. El que quiera venir en pos de mí, dice Él, niéguese á sí mismo y á sus pasiones desordenadas, tome su cruz para vencerlas y triunfar, y sígame (1) por el camino de la humildad y del sacrificio; de este modo logrará su completa regeneracion, será bienaventurado y participante de mi felicidad y mi eterna gloria.

(1) Luc. IX, 23.

---

## QUINTO SERMON.

---

Jesucristo eleva al hombre y le deifica con la gracia que le comunican los Sacramentos, y especialmente la Sagrada Comunión.

*Gratia Dei sum id quod sum.....  
Non ego, sed gratia Dei mecum.  
(I Cor. XV, 10.)*

**D**IOS nos eligió desde la creacion del mundo, dice San Pablo, para que seamos santos é inmaculados en su presencia, predestinándonos para la adopción de hijos suyos en Jesucristo, á fin de manifestar en nosotros las magnificencias de su gracia (1). Esta es la voluntad de Dios, nuestra santificación (2). Sereis santos, habia dicho ya en la antigua ley, porque yo soy santo (3). Sed perfectos, añade en la nueva, como vuestro Padre que está en los cielos (4). Sed imitadores de Dios, como hijos suyos muy amados (5). ¡Qué grandeza, hermanos míos!

(1) Ephes. I, 4, 5.  
(2) I Thessal. IV, 3.  
(3) Lev. XI, 45.  
(4) Matth. V, 48.  
(5) Ephes. V, 1.

¡Qué término tan sublime presentado al hombre que en sus aspiraciones tiende siempre al infinito! ¡Qué deber al mismo tiempo tan apremiante! Para esto nos eligió desde la eternidad; para esto nos ha criado en el tiempo; para esto nos ha regenerado por Jesucristo. Este es el fin de la Encarnacion del divino Verbo, que aproxima á Dios y al hombre; este el de la redencion, que expiando el pecado, destruye el muro de division que los separaba; este el de la adopcion del hombre por hijo de Dios, admirablemente realizado en el bautismo. En una palabra; á la santificacion del hombre, para que sea digno de Dios y de la participacion eterna de su gloria, se dirige todo en el órden de la naturaleza y en el de la gracia. Este es el fin de Dios. Este debe ser tambien el fin del hombre que á tan sublime altura es llamado por el Criador, y que es objeto de tantas invenciones maravillosas del amor divino. Tanto más debe serlo, cuanto que de ello depende su bienaventuranza, ese bello ideal de perfeccion y de felicidad á que se siente atraído, pero que no alcanzará sin multiplicados esfuerzos que le merezcan la eterna posesion del Infinito.

Ahora bien, Señores; la santidad en el hombre es el reflejo de la santidad de Dios, que es la bondad en sí misma, la perfeccion en toda su plenitud, la perfeccion sin término. El hombre es llamado por el Criador á subir en constante progreso hácia esa altura, prometiéndole que le comunicará su vida, su amor y su gloria, á medida que se acercará más á Dios por la santidad. ¿Podrá la criatura llegar á tal grandeza? Por sí misma, jamás. No somos suficientes, dice San Pablo, ni aun para formar un buen pensamiento en el órden de la gracia: nuestra suficiencia viene toda de Dios (1). Pero Dios

(1) II Corinth, III, 5.

lo quiere, y enriquece al hombre con los auxilios necesarios. Le da por modelo de esta santidad á Jesucristo su Hijo, inculca en su corazon la sávia de la vida divina, la aumenta y robustece con su gracia para que germine y extienda sus ramos de honor y de virtud, y se le une con amor inefable en la Eucaristía para hacerle una misma cosa con él, abismándole en el mar de sus gracias y de sus infinitas perfecciones. Con tales auxilios, ¿qué no podrá el hombre? ¿Qué sacrificios se le harán difíciles? ¿Qué virtudes le parecerán bastantes? Todo lo puedo en aquel que me conforta, exclamará con San Pablo (1), y se lanzará á la conquista de la santidad y de la gloria.

A este fin conduce Jesucristo, porque despues de ordenar las pasiones del hombre, le eleva sobre sí mismo hasta la participacion de la misma divinidad, mediante los dones de su gracia que le comunica en los Sacramentos, especialmente la Sagrada Comunion. Ved la idea cuya explicacion nos ocupará esta tarde.

#### PRIMERA PARTE.

Elevacion del hombre hasta la union con Dios, comunicacion de la vida de Dios á su criatura, deificacion del hombre: hé aquí, Señores, el objeto del gran sacramento de la piedad divina en el misterio de la Encarnacion del Verbo, la obra de Jesucristo. Dios se hace hom-

(1) Philip. IV, 13.

bre, dice San Agustín, para que el hombre se haga Dios (1); no tan solo por la unión de la naturaleza divina con la humana en la persona del Verbo, sino por la comunicación real de la vida divina á cada hombre en particular, elevándole á la categoría de hijo de Dios por adopción. Deificación del hombre: hé aquí la gran pasión, la noble ambición que Dios mismo depositó en el corazón de su criatura, desde que en sueño misterioso, como dice Santo Tomás, hizo ver á Adán en lontananza el inefable misterio de la Encarnación del Verbo, y sus admirables consecuencias para consumación de la gloria preparada al hombre (2). Por ello se la descubre siempre al través de todos los errores, en el fondo de todos los sistemas, y en el espíritu de todas las edades y de todos los pueblos, si bien viciada, adulterada, desviada del único camino que á su realización conduce, por la astucia del espíritu del mal, que para impedir en cuanto le fuera posible el cumplimiento del bondadoso designio del Criador, se valió de la corrupción de esta gran verdad, no en sí misma, sino en los medios de realizarla.

Apoyarse en la santa ambición de unirse á Dios para perder al hombre, ha sido desde el principio la táctica de Satanás, y lo es más y más de cada día, á medida que las magnificencias del plan divino, y las riquezas del gran misterio se desenvuelven con mayor claridad, merced á las enseñanzas del catolicismo. Sereis como Dioses, dijo y dice siempre (3); y en esto dice verdad: pero

(1) Factus est homo Deus, ut homo fieret Deus. (S. Aug., Serm. 9 de Nativ.)

(2) Ante peccatum, Adam habuit fidem explicitam de Christi incarnatione, prout ordinabatur ad consummationem gloriæ. (S. Thom. in cap. V Epist. ad Ephes.)

(3) Gen. III, 5.

lo sereis por vuestro esfuerzo, por vuestra rebelión contra Dios; y en esto dice mentira. ¿Cómo podrá el hombre acercarse á Dios, unírsele, ser uno con él, oponiéndose, resistiendo, haciéndose enemigo de Dios, y obrando en dirección opuesta á Dios? Jamás realizará el hombre la fábula de Prometeo, robando el fuego divino para esconderle en su corazón. Soñará ser como Dios, y al despertar de su sueño se verá precisado á confesar que tal vez es menos que hombre. La deificación del hombre no es obra de la criatura. Trátase de una segunda creación, de una regeneración, de un renacimiento todo espiritual, que nos introduzca en un orden superior y divino, y nadie se crea, ni se engendra, ni renace por sí mismo. Esto ha de ser la obra del Espíritu de Dios. Enviarás tu espíritu, clamaba el Profeta; envía tu espíritu y serán creados, y se renovará la faz de la tierra (1). Nadie puede entrar en el reino de Dios, si no renace por el agua y por el Espíritu Santo, dice Jesucristo (2), porque solo el que nace del Espíritu vive vida de espíritu (3), y solo el que se gobierna por este espíritu, es hijo de Dios, concluye San Pablo (4).

Obra es de Dios esta renovación y elevación del hombre; pero reclama también la cooperación de este. Recordad, Señores, que hablando otro día de la regeneración de la humanidad por Jesucristo, os dije que para realizarse fué necesaria la aproximación de Dios y del hombre, la destrucción del pecado, y la adopción del hombre por hijo de Dios. Esto mismo se requiere para la elevación de cada uno á la justicia y santidad que le co-

(1) Psalm. CIII, 30.

(2) Joann. III, 5.

(3) Id. id., 6.

(4) Rom. VIII, 14.

munica la vida divina; y así como para verificarse el designio de Dios en la redencion, hubieron de unirse las dos naturalezas divina y humana en la persona de Jesucristo, porque siendo solamente Dios, no podia sacrificarse para redimirnos, y siendo puro hombre no hubiera tenido su sacrificio mérito bastante para ello (1); así tambien para que se nos aplique el fruto de esa redencion y seamos levantados á la santidad, se hace necesario que Dios obre en nosotros, y que nosotros obremos con Dios. Sin contar contigo te ha criado Dios, dice San Agustin: pero no te salvará, no te llevará á la posesion de su gloria, sino contando contigo; esto es, cooperando tú eficazmente al logro de tu salvacion (2). Por ello dice San Pablo: Los que se gobiernan por el espíritu de Dios, los que dóciles á su impulso obran segun este espíritu, estos son verdaderamente hijos suyos (3), segun la palabra de San Juan: á los que creen en él les ha dado potestad de hacerse hijos de Dios (4).

Una doble accion es, pues, indispensable; la accion de Dios y la accion del hombre. De Dios, Padre de las luces, de quien descende todo don perfecto (5), que nos engendra voluntariamente con la palabra de la verdad (6), que gratuitamente y con su beneplácito obra en

(1) Debitum Adæ tantum erat, ut illud non deberet solvere, nisi homo; sed non posset nisi Deus. (S. Aug.) Neque per ipsum liberaremur unum mediatorem Dei et hominum Christum Jesum, nisi esset Deus. (Id. Enchirid., c. 8.)

(2) Qui creavit te sine te, non salvabit te sine te. (S. Aug., *Serm.* 15 *de Verb. Apost.*)

(3) Rom. VIII, 14.

(4) Joann. I, 12.

(5) Jacob. I, 17.

(6) Id. id., 18.

nosotros el querer y el obrar (1), que se complace en manifestar en nosotros las riquezas de su gracia (2), y que corona nuestros méritos con inefable misericordia (3). Del hombre, que libremente acepta la gracia, coopera á ella con esfuerzo, negocia los talentos que de Dios recibe, y merece la corona de la justicia. Por ello decia de sí mismo el Apóstol San Pablo: Por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no ha quedado en mí estéril y sin fruto; he adelantado á otros en los trabajos, pero no yo solo, sino la gracia de Dios conmigo (4). Es decir, explica San Agustin: Ni la gracia de Dios sola y sin cooperacion suya, ni él solo sin la gracia, sino la gracia de Dios con la cooperacion del Apóstol (5).

¿Qué es, Señores, esa gracia sin la cual no somos suficientes para un buen pensamiento en el órden sobrenatural (6), que es la única poderosa á libertarnos de este cuerpo de muerte y á darnos el triunfo sobre la concupiscencia que nos subyuga y nos arrastra (7), que nos basta para cantar victoria de nuestros enemigos (8), y que nos da esfuerzo para llegar al heroismo de la virtud? (9) Es, dice San Agustin, una inspiracion del amor divino para movernos á practicar por este santo amor el bien que conocemos (10). Es no solo una luz que Dios

(1) Philip. II, 13.

(2) Ephes. II, 7.

(3) Psalm. CII, 4.

(4) Corinth. XV, 10.

(5) Ac per hoc nec gratia Dei sola, nec ipse solus, sed gratia Dei cum illo. (S. Aug., de Grat. et lib. arbit., c. 5.)

(6) II Corinth. III, 5.

(7) Rom. VII, 24.

(8) I Cor. XV, 57.

(9) Philip. IV, 13.

(10) Inspiratio dilectionis, ut cognita sancto amore faciamus. (S. Aug., lib. 4 ad Bonif., c. 5, n. 11.)

infunde en nosotros para que conozcamos el bien, sino una fuerza sobrenatural para que lo practiquemos: no solo una luz para que creamos lo que debe ser amado, sino un impulso poderoso para que amemos lo que creemos (1); una luz que ilumine nuestras tinieblas, y una suavidad deleitable por la cual da sus frutos la tierra de nuestro corazón, venciendo los obstáculos que le opone la concupiscencia (2). Es la acción de Dios hecha sensible al corazón (3). Es el don de Dios de que habla Jesucristo á la Samaritana (4).

Don de Dios, hermanos. Su principio, el amor que Dios tiene á su criatura en orden á la vida eterna, que es el fin para que la crió; que por ello dice por boca del Profeta: Te he amado con amor eterno, y por lo mismo te he atraído, compadecido de ti (5). Don de Dios, sobrenatural y excelentísimo sobre toda cosa criada, que tiene por objeto renovarnos en nuestro espíritu, hacernos gratos á Dios, elevarnos á la virtud y á la santidad, y por ella á la posesión de su gloria. Don de Dios, de ningún modo debido al hombre, como su mismo nombre lo dice (6), y que se nos da por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo (7).

¡Cuán admirable es el Señor en la concesión de esa gracia! ¡Cuán admirable está en sus operaciones! El hombre vive esclavo del pecado, ó del amor de sí mis-

(1) Non solum ut facienda noverimus, verum etiam ut cognita faciamus; nec solum ut diligenda credamus, verum etiam ut credita diligamus. (S. Aug., de Gratia Christi, lib. 1, c. 12.)

(2) Lucem qua illuminantur tenebræ, et suavitatem qua dat fructum suum terra nostra. (S. Aug., de peccat. meritis, lib. 2, cap. 19.)

(3) Pascal, Pensamientos.

(4) Joann. IV, 10.

(5) Jerem. XXXI, 3.

(6) Rom. XI, 6.

(7) Id. VII, 25.

mo hasta el desprecio de Dios (1), sentado en tinieblas y sombras de muerte, que oscurecen su entendimiento, dominado por las pasiones que corrompen su corazón, y rodeado de objetos seductores que le hacen olvidar su noble destino. Dios, que le ama como Padre, quiere que se haga la luz entre aquellas tinieblas, quiere quitarle su corazón de piedra y darle un corazón de carne (2), y envía al alma su gracia, diciendo en su misericordia: ¿Por qué quieres perecer en tu miseria? ¿Hasta cuándo te disiparás en tus engañosas delicias, hija vagamunda? (3) Esto hace, unas veces rodeando al alma de luz repentina y brillante como el relámpago, y haciéndole oír su voz, poderosa á tronchar los cedros del Líbano (4), como hizo con Saulo en el camino de Damasco (5); otras veces poniéndole delante luz suave y atractiva que cautiva sus miradas y disipa las tinieblas, como la estrella que iluminó á los Magos; cuándo, hiriendo con fuerza al corazón como á la Magdalena y á Agustín; cuándo, en fin, golpeando blandamente á la puerta del corazón, y permaneciendo allí un día y otro día (6), ó valiéndose de otras maneras admirables todas, y todas adecuadas á su fin.

¿Cuál es ese fin? Os lo dije ya, Señores. Disipar las tinieblas del entendimiento, para que iluminado con esa luz divina, conozca el bien verdadero; mover la voluntad hácia ese bien, ayudar á romper los lazos que aprisionan al alma, levantarla de su postración multiplican-

(1) Amor sui usque ad contemptum Dei. (S. Aug.)

(2) Ezech. XI, 19.

(3) Jerem. XXXI, 22.

(4) Psalm. XXVIII, 5.

(5) Act. Ap. IX, 3.

(6) Apoc. III, 20.

do sus fuerzas, y atraerla suave y poderosamente á la vez, para que de virtud en virtud se eleve hasta llegar á la vision de Dios en Sion (1).

La gracia, hermanos, nos convida; pero no nos fuerza, no nos priva de nuestra libertad. Como ella procede del amor libre de Dios, así quiere ser aceptada por el amor libre del hombre. Dios con ella nos dice: Hijo, dame tu corazon (2), para que yo le purifique y le haga segun mi corazon: dáme tu corazon, esto es, ámame, porque yo amo á los que me aman para colmarlos de mis tesoros (3). Dios ilumina, habla, inspira, da los auxilios necesarios para la conversion y santificacion del hombre; pero si éste, resistiéndose, tapa sus oidos, cierra sus ojos y endurece su corazon, el don de Dios deja de obrar en el alma sus efectos, y por su resistencia permanece en su miseria y prepara su ruina, poniendo en boca de Dios estas terribles palabras: Tu perdicion á causa de ti mismo (4); te he llamado, y no me oiste (5); un dia me buscarás y no me encontrarás, y morirás en tu pecado (6). Al contrario, si abriendo su corazon á la gracia con que le visita el amor divino, se entrega dócil á su accion, y corresponde á sus impresiones, cambio admirable se obra en él, segun la palabra del mismo Dios: hé aquí que estoy á la puerta y llamo, si alguno me abre, entraré y cenaré con él y él conmigo (7); esto es, se establecerá comunicacion íntima entre nosotros.

(1) Psalm. LXXXIII, 8.

(2) Prov. XXXIII, 26.

(3) Id. VIII, 17.

(4) Osee XIII, 9.

(5) Isai. LXVI, 4.

(6) Joann. VII, 34; VIII, 21.

(7) Apoc. III, 20.

Cuando Dios previene con su misericordia al hombre que vive bajo el yugo de la concupiscencia, y cediendo éste á la accion de la gracia, le franquea la puerta del corazon, brilla en el alma con viveza la luz de la fe, que disipa las tinieblas del error y las sombras seductoras con que las pasiones ocultaban el desorden y la fealdad del vicio, y ejercitándose en ella, á la vez que descubre su miseria y su pecado, y se avergüenza de sí misma, poseida del temor de Dios á quien ha ofendido, siente la benéfica impresion de la esperanza en la misericordia de quien con amor le llama, prometiendo perdonarle por los méritos de su Hijo, que tomó sobre sí nuestras culpas para prepararnos esa misericordia con su sacrificio (1). Llorá entonces el hombre, y detesta su pecado que le llevó hasta el desprecio de Dios, á quien la fe le presenta como el sumo bien; y dando entrada en su corazon al amor de quien tanto le ama y tanto merece ser amado, se arroja en sus brazos como el pródigo en los brazos de su padre. Y Dios, que es Padre, y una y cien veces repite que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (2); Dios, que por tanto tiempo ha disimulado los pecados (3), y los toleró con paciencia, dando lugar á que el extraviado volviese á él por la penitencia (4); Dios, cuyo amor se ostentó ya tan grande apareciendo con su gracia á quien no le buscaba, y extendiendo sus brazos á quien le contradecía (5), consuma esa obra de amor, borrando el pecado y haciéndolo desaparecer como si no hubiera existido, admitiendo á su amistad á quien era su

(1) Isai. LIII, 4, 5.

(2) Ezech. XXXIII, 11.

(3) Sap. XI, 24.

(4) II Petr. III, 9.

(5) Rom. X, 20, 21.

contrario, blanqueando á su alma como la nieve (1), y haciendo aparecer en ella la hermosura de la divina semejanza con la vida de la gracia, que justifica al hombre y le hace santo.

¡Qué bondad, hermanos, la de Dios, que visita con su gracia al pecador! ¡Qué felicidad la del pecador, que abre su corazón á la gracia que le lleva á Dios! ¡Qué efectos tan admirables los de la gracia en el hombre por ella justificado! Fijémonos en ellos; porque al hablar de ese don de Dios, no hemos de considerarle solo en cuanto es un auxilio actual con que Dios excita y ayuda al hombre para conseguir su justificación, para perseverar en ella resistiendo á los embates de sus enemigos, que en incesante lucha le trabajarán toda su vida, haciéndole exclamar como á San Pablo: ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? (2) y para hacer obras meritorias de la vida eterna. Hemos de pasar adelante, y considerarla en el hombre justificado y amigo de Dios, puesto que el designio misericordioso del Padre, enviando á su Hijo á la tierra, no fué solo redimir á los que estaban bajo la ley del pecado, sino levantarlos á la adopción de hijos de Dios (3). Por ello dijo Jesucristo que ha venido para que los hombres tengan vida, y vida más abundante (4); y San Pablo nos enseña, que por los méritos del Redentor, donde abundó el pecado, sobreabunda la gracia (5). Por ello también los Apóstoles en sus cartas, no se contentan con decir que por Cristo Jesús logramos la remisión de nuestros pecados (6), sino que se esfuerzan en desar-

- (1) Isai. I, 18.  
 (2) Rom. VII, 24.  
 (3) Gal. IV, 5.  
 (4) Joann. X, 10.  
 (5) Rom. V, 20.  
 (6) Coloss. I, 14.

rollar á la vista de los fieles el magnífico cuadro de su acción regeneradora y vivificante por la gracia, que nos hace vivir en sociedad con Dios (1); y San Pablo deseaba ardientemente y pedía á Dios que todos comprendiesen, para aprovecharse de ellas, las inestimables riquezas de la gracia, que había recibido la misión de predicar (2).

¿Qué es, pues, esta gracia que llamamos santificante? Es, dice el Catecismo Romano, una cualidad divina infundida en el alma, y en ella inherente, y un como resplandor y luz que disipa todas sus manchas, y la hace más y más hermosa (3), santa, agradable á Dios, hija suya y heredera de la vida eterna. Es la vida divina comunicada al hombre en su inteligencia, en su corazón y en todo su ser, para que la vida del hombre sea un símil de la vida de Dios.

Hé aquí por qué en cuanto por los méritos de Jesucristo se nos concede la primera gracia que nos saca de la esclavitud de la culpa, y logramos con la remisión de nuestros pecados la verdadera justificación, que hace desaparecer las antiguas manchas, queda nuestra alma investida de esa gracia que la santifica (4), de esa cualidad divina que la hace agradable á Dios, porque brilla en ella de nuevo su imagen y semejanza, hija suya adoptiva, objeto de sus complacencias, miembro vivo de Jesucristo, de quien recibe esa comunicación de su vida (5), templo del Espíritu Santo (6), que la enriquece con sus dones, difundiendo la caridad en el cora-

- (1) Joann. I, 3.  
 (2) Ephes. I, 17.  
 (3) Catecismo Rom., p. 2, c. 2, n. 50.  
 (4) I Cor. VI, 11.—Conc. Trident., sess. 6, c. 7.  
 (5) I Cor. VI, 15.  
 (6) Id. id., 19.